

# La causa de Atenas y la helenidad en el «Pro Corona»

## INTRODUCCION

Que el discurso «Sobre la Corona» constituya la obra maestra de la oratoria de todos los tiempos por la calidad de su composición —por la variedad del tono oratorio, por la argumentación directa y sencilla, por la sobriedad del relato, por ciertas expresiones aladas, que se constituyen en máximas, por la ironía áspera y mordaz, por el ritmo y número oratorio del período, por el ímpetu, en fin, y la vehemencia, que son la tónica general del conjunto— nadie lo pone en duda, y es un mérito, puesto de relieve por la crítica, ya desde la antigüedad <sup>1</sup>.

Pero, ahora, en nuestro ensayo, prescindimos de los valores estilísticos y puramente formales del discurso, para hacer hincapié en la estructura interna de su contenido ideológico. Creemos que la virtud capital, la que podríamos llamar viga maestra de este monumento de la oratoria, estriba en que su autor sabe presentar su propia causa como solidaria e inseparable de la causa ateniense y panhelénica. Por ello, en la defensa de su política ante los heliastas, insiste, como veremos, en poner de manifiesto que su programa de acción era el único que tenía

---

1. Entre las fuentes clásicas de crítica literaria, relativas al *Pro Corona*, y, en general, al estilo oratorio demosteniano, cabe citar, entre otras, el *Annóimo* Περὶ Ὑφους, X, 7; XVI; XXIX; XXXII, 1-2; XXXIX, 4; XII, 45, XX, 3-4 y *passim*; CICERON, *De oratore*, I, 58, 260-61; III, 213, entre los mejores pasajes; *Brutus*, 35, 142, 288-290 y *passim*; *Orator*, 23, 26-27, 56-57, 90, 104, 111, 133, 226, 232-235, como selección de textos; *De optimo genere oratorum*, interesa todo, pero de modo particular desde el cap. IV al final; QUINTILIANO, I, IV, 4, 32; I, VI, 2, 24; I, IX, 3, 6; I, X, I, 22, 39, 76, 105-108; II, 24; I, XII, 10, 23, etc. Asimismo DIDIMO CALKENTERO en los fragmentos 9, 11, 13 de su *Comentario a Demóstenes*; DIONISIO DE HALICARNASO en su tratado Περὶ τῆς λεκτικῆς Δημοσθένους δεινότητος, y el *Elogio de Demóstenes*, inserto en las obras de Luciano. Entre los estudios modernos merecen especial mención: F. BLASS, *Die attische Beredsamkeit*, III, Leipzig, 1893, reimpr. 1962; G. RONNET, *Etude sur le style de Démosthène dans les discours politiques*, Paris, 1951. Ediciones particularmente valiosas, por su rico comentario, sobre el discurso son la de F. BLASS, Leipzig-Teubner<sup>4</sup>, 1911, la de H. WEILL, Paris-Hacchette<sup>2</sup>, 1883( la de P. TREVES, Milano-Signorelli, 1962, la de W. GOODWIN, Cambridge-University Press, 1901, y la de W. HUMPHREYS, New York-Amer. Book Company, 1913.

presente el interés, que corría parejo con el honor, de Atenas y Grecia: mantener su libertad, rechazando el imperialismo macedónico. Y en consecuencia, Atenas, baluarte y vigía para los demás griegos, debía seguir la ruta trazada por Demóstenes, cualquiera que fuese el resultado de la contienda; hasta el punto de que, en caso de repetirse el proceso histórico del antagonismo entre Filipo y Atenas, ésta debería observar idéntica conducta.

Todo el discurso queda iluminado por esta idea fontal. Incluso los ataques dirigidos a Esquines, fuera de lo personal y anecdótico, ponen de relieve este mismo principio por contraste: la traición a la causa de Atenas y de la Helenidad del acusador, y el patriotismo ateniense y panhelénico del acusado. Esta misma entrega generosa al servicio de Atenas y Grecia, que predica Demóstenes, disimula y refuerza la defensa, jurídicamente débil, de la legalidad del decreto de Ctesifonte por razón del tiempo y del lugar, aun prescindiendo del hecho de que el orador supo colocarla hábilmente en medio de la exposición de su programa político, que le era francamente favorable.

Ello nos ayudará a comprender mejor la frase de Cicerón en el «Orator»: «Este discurso (el de la Corona), efectivamente, se ajusta de tal modo a las condiciones del ideal, que hemos forjado en nuestra mente, que no podemos buscar una elocuencia más perfecta»<sup>2</sup>.

### I.—DEMOSTENES SE IDENTIFICA CON ATENAS EN EL PROCESO DE LA CORONA.

Es a partir del proyecto de *decreto de Ctesifonte*, pidiendo la coronación de Demóstenes, y de los discursos del proceso, el de la acusación de Esquines, y el de la autodefensa de Demóstenes, en calidad de sinégoro de Ctesifonte, como pensamos evidenciar nuestra afirmación.

Reconstituido en sus líneas esenciales<sup>3</sup>, el proyecto de decreto de Ctesifonte vendría a ser, poco más o menos, el siguiente: «Puesto que Demóstenes, en calidad de comisario de las fortificaciones, ha contribuido de su propio peculio a estos trabajos con una suma de diez minas, el pueblo ateniense decide elogiar su labor, y coronarle con una corona de oro. El heraldo proclamará en el teatro de Dioniso, con ocasión de las nuevas representaciones trágicas, durante las Grandes Dionisiacas,

2. XXXVIII, 133.

3. Nos servimos de las indicaciones que nos brindan tanto Demóstenes en el *Pro Corona*, como Esquines en *Contra Ctesifonte*: Cf. *Contra Ctes.*, nn. 17, 49, 237; *Cor.* 57 y ss., 54 y ss., 118.

que el pueblo de Atenas corona a Demóstenes por su virtud y por su lealtad, porque no cesa de hablar y actuar para el máximo bien de su pueblo, y porque se muestra dispuesto a realizar todo el bien que puede».

El Consejo de los Quinientos aprobó la moción presentada por Ctesifonte, por lo que ésta adquiría el rango de *προβούλευμα* o resolución provisional. De esta forma se solidarizaba con la política antimacedónica de Demóstenes. Pero los enemigos políticos de éste no podían tolerar que la propuesta de Ctesifonte fuese ratificada a su vez por la Asamblea Popular, que le daría toda la fuerza legal. Por ello Esquines, viejo antagonista del orador, y partidario de una política de colaboración con Filipo, que pretendía además que Demóstenes había perjudicado gravemente los intereses de la Patria, se opuso a esta pública glorificación de su actividad política, presentando ante la Asamblea del pueblo una acusación de ilegalidad *γραφῆ παρανόμων* contra la proposición de Ctesifonte.

Según la impugnación de Esquines <sup>4</sup> el decreto de Ctesifonte era contrario a tres de las leyes existentes: 1) contra la ley que prohibía otorgar recompensas a los magistrados todavía sujetos a rendición de cuentas, y Demóstenes estaba doblemente obligado por sus funciones de comisario de las fortificaciones, y de administrador del teórico (fondos para la asistencia a los espectáculos); 2) contra la ley que prohibía la proclamación en el teatro. Si era el pueblo quien otorgaba la corona a ciudadanos beneméritos, la proclamación debía ser en la Asamblea, y en la sede del Consejo de los Quinientos, si era éste quien concedía la distinción; 3) contra la ley que prohibía introducir falsos documentos en los archivos del Estado, pues Esquines consideraba falsa la causa alegada en el decreto para la coronación: el patriotismo de Demóstenes. Esta acusación de ilegalidad suspendió el decreto. Era necesario que la cuestión así planteada sobre el terreno jurídico, fuese dilucidada en el tribunal popular del Helieo, cuando el acusador lo determinase.

Sabemos que hasta seis años después (julio o agosto del 330) no tuvo lugar el proceso <sup>5</sup>. Sin duda las circunstancias poco favorables —la agitación que siguió al asesinato de Filipo y las escasas probabilidades que parecía tener el joven príncipe Alejandro, sospechoso de complicidad moral en el asesinato de su padre, de imponerse a sus rivales y mantener la cohesión y hegemonía del Imperio Macedónico—, decidieron a

4. Cf. G. MATHIEU, *Demosthène, l'homme et l'oeuvre*, Paris 1948, p. 122; *Cor.* 54 ss.; *Contra Ctes.*, 9, 32, 49.

5. Cf. DIONISIO DE HALICARNASO, *Carta a Ammeo*, I, 13, 3; CICERON, *De opt. gen. orat.* 7, 22. Para la génesis histórica del *Pro Corona* es fundamental por su abundantísima información A. SCHAFER, *Demosthenes und seine Zeit*, Leipzig 1887, reimpr. 1965, III, p. 221 s.

Esquines a esperar seis años, hasta tanto que los nuevos éxitos de Alejandro dieran más peso a su propia política de colaboración, y, en consecuencia, a su acusación fundamental contra Demóstenes, que había llevado a su Patria al desastre de Queronea. No obstante se abstuvo de intervenir cuando Demóstenes presentó las cuentas de su administración. También parece extraño no aprovechara la inmejorable ocasión de dar curso a su querrela, cuando, a fines del verano del 35, Alejandro aplastó el levantamiento conjunto de Tebas, parte del Peloponeso y Atenas, y exigió la extradición de varios políticos y generales, entre los cuales incluía a Demóstenes <sup>6</sup>. En todo caso el momento histórico que escogió no se presentaba menos halagüeño: Antipatro, general y lugarteniente de Alejandro, había hecho fracasar el año anterior (331) la revuelta de Agis, rey de Esparta, que se había alzado con casi todo el Peloponeso; y Alejandro, en su marcha triunfal contra los persas, había logrado la victoria definitiva de Arbela.

Poco importaban a Esquines los vicios de forma por razón del tiempo y del lugar, inherentes al decreto de Ctesifonte. Incluso la concesión de la corona —a su juicio una distinción banal—, no le hubiera inquietado, de haber sido motivada por causas distintas. Sus móviles eran políticos. Le irritaban sobre todo los considerandos del decreto de Ctesifonte, donde se elogiaba el patriotismo y la generosidad demostenianas <sup>7</sup>. Por ello pretendía tomar la revancha de su tenaz adversario, que en el proceso de la Embajada le había acusado de traición, y lograr, por fin, un juicio condenatorio de toda su actuación política, al amparo de la derrota en Queronea y de los triunfos de Alejandro en Asia.

Es por eso que a la cuestión de la ilegalidad por el tiempo —todavía no rendidas las cuentas—, y por el lugar —el teatro no apto para la coronación—, tanto Esquines como Demóstenes le dedican una mínima parte de sus intervenciones: Esquines menos de la sexta parte y Demóstenes sólo la veintava parte. Decisión ésta que en Esquines fue un desacierto, pues nunca debía haber brindado a su rival la ocasión de un enfrentamiento en el terreno político, cuando en la cuestión jurídica residía toda su fuerza <sup>8</sup>. Así lo reconoce H. Weil: «Si la política de De-

6. Cf. PLUTARCO, *Vida de Demóstenes*, XXIII; G. MATHIEU, *o. c.*, p. 124 s.

7. CICERON, *De opt. gen. orat.*, 7, 21 lo confirma con gran precisión y agudeza: «Itaque causa fuit Aeschini, quoniam ipse a Demosthene esset capitis accusatus, quod legationem ementitus esset, ut ulciscendi inimici causa, nomine Ctesiphontis, *juditium fieret de factis famaue Demosthenis*. Non enim tam multa dixit de rationibus non relatis quam de eo, *quod civis improbus ut optimus laudatus esset*».

8. Así lo evidencia Siriano, retórico del s. v, cuando dice que «si (Esquines) se hubiera limitado a la cuestión de derecho, hubiera derrotado a Demóstenes más fácilmente de como derrotó a Timarco», con ocasión del proceso de la Embajada: cf. C. WALZ, *Rhet. graec.* IV, p. 205, 11.4-11.

móstenes podía ser juzgada diversamente, según la opinión de cada uno, la cuestión de derecho era simple y no admitía dos soluciones»<sup>9</sup>. Así, pues, Demóstenes, reconociendo que era su flanco más débil, muy hábil y prudentemente la discutió, situándola en lugar estratégico de la defensa, a fin de restarle importancia, haciendo caso omiso de las exigencias de su adversario sobre el orden a seguir en su discurso. Si es cierto que el orador aborda ambos capítulos de ilegalidad, después de haber defendido una parte de su actuación política: los acontecimientos que motivaron la paz de Filócrates, y el período comprendido entre esta paz y la guerra de Anfisa; con todo se autorizaba para ello, apoyándose en el acta de acusación primera de Esquines (año 336), donde, al parecer, se impugnaba en primer término la virtud, benevolencia y espíritu de servicio de Demóstenes, y luego la legalidad de tiempo y lugar<sup>10</sup>.

La respuesta un tanto sofisticada de Demóstenes a la ilegalidad por razón del tiempo, podemos resumirla diciendo que él no estaba sujeto a rendición de cuentas de los regalos que hacía a su Patria<sup>11</sup>. En cuanto a la ilegalidad por razón del lugar, insiste en que Esquines ha mutilado deliberadamente el texto de la ley que regula el sitio de la coronación, pues allí se dice expresamente, que si el pueblo o el Senado así lo decretan, puede hacerse la proclamación en el teatro, y recuerda varios casos análogos al suyo, en que así sucedió<sup>12</sup>.

Por lo tanto, real e intencionalmente, tanto para Esquines como para Demóstenes, la cuestión primordial a debatir se centraba en los considerandos del decreto de Ctesifonte. Esquines niega su veracidad, pues sostiene que Demóstenes ha traicionado los intereses de Atenas.

### *Los cuatro períodos de la actividad política demosteniana.*

En el discurso de la acusación contra Ctesifonte, Esquines divide la acción política de Demóstenes en cuatro períodos: 1º) se extiende desde la guerra de Antípolis hasta la alianza y paz de Filócrates; 2º) a partir de la Paz hasta la declaración de guerra a Filipo; 3º) desde la reanudación de las hostilidades hasta la derrota de Queronea; 4º) de Queronea al proceso de la Corona. Esquines, por tanto, acusa a Demóstenes de

9. *Plaidoyers politiques*, Paris 1883, I, p. 393.

10. Cf. el acta de acusación que aparece en el *Pro Corona*, n. 54 y s. El documento es apócrifo, pero parece reflejar con exactitud este orden de la acusación, a juzgar por lo que a continuación afirma Demóstenes, n. 57 s.

11. Cf. *Cor.*, 112 ss.

12. Cf. *Ibidem*, 120 ss.

haber sido en estas cuatro épocas el causante de todas las desgracias de la Patria <sup>13</sup>.

En *el primer período*: de la guerra de Anfípolis a la paz de Filócrates, Esquines acusa a Demóstenes de haber acelerado, en connivencia con Filócrates, la marcha de los acontecimientos para que la paz la concertasen por separado Atenas y Filipo, y no Atenas juntamente con los demás pueblos griegos; pues, de haberse producido esta coalición general de los griegos en orden a la paz, Atenas hubiera tenido numerosos aliados, e incluso recobrado su preeminencia. Por otra parte le hace responsable de haber abandonado al rey tracio Cersebleptes, y de haber dispensado excesivas atenciones a los embajadores de Filipo <sup>14</sup>.

La respuesta de Demóstenes a estos extremos de la acusación, no es del todo contundente, pero suficientemente eficaz. La Paz se hizo necesaria por la división reinante en Grecia y el aislamiento de Atenas, pero los verdaderos responsables fueron Aristodemo y sobre todo Filócrates, el compañero de Esquines <sup>15</sup>. En aquel entonces Demóstenes era todavía un debutante en política. Por otra parte el propio Esquines había reconocido anteriormente <sup>16</sup> que ya no era posible una coalición general de los griegos contra Filipo, que, tras la caída de Olinto, Atenas hubiera deseado se realizase y realmente promovió. La actividad diplomática desplegada por los políticos atenienses terminó en el más rotundo fracaso. Al quedar aislada Atenas, se impuso la tregua de la paz. Esta fue valedera para Atenas y los miembros de la confederación ateniense, pueblos aliados en sentido estricto.

Según conocemos por el proceso de la Embajada, los delegados de las ciudades, que formaban parte de la Confederación, intentaron prevenir todo peligro de abuso por parte de Filipo, proponiendo una enmienda, según la cual todos los griegos, que lo desearan, tendrían a su disposición un plazo hábil de tres meses para adherirse a la paz. Demóstenes, a juzgar por lo que dijo en su discurso «Sobre la falsa Embajada», patrocinó la enmienda, pero Eubulo, a la sazón prepotente, la hizo fracasar <sup>17</sup>. Sin embargo, hay que reconocer que, a pesar de sus afirmaciones, Esquines y Demóstenes estuvieron de acuerdo, en aquella coyuntura, en rechazar la moción de los delegados, convencidos como estaban, ya de tiempo, de que no se podía contar con una acción concertada de los griegos.

---

13. Cf. *Contra Ctes.*, 54-57.

14. Cf. *Ibidem*, 58-78.

15. Cf. *Cor.* 17-24.

16. Cf. *Embajada*, 78.

17. Cf. nn. 144, 291.

El caso Cersebleptes merece capítulo aparte. Si la paz de Filócrates era válida para Atenas y los miembros de la Confederación, los atenienses hubieran deseado se hubiera extendido también a cuantos estaban unidos con ella por la comunidad de intereses, como la ciudad de Halos, la Fócida y el rey tracio Cersebleptes, es decir, a todos los aliados de hecho, como en el caso de Filipo, y no sólo a los miembros confederados. Sin embargo, Atenas y sus aliados, en sentido estricto, prestaron su juramento de paz, sin tomar garantías sobre este punto, toda vez que los embajadores de Macedonia hicieron correr el rumor de que Filipo probablemente accedería a ello. Sin embargo, en el curso de la segunda embajada, la representación ateniense, traicionando el sentir de su patria, sin duda por instigación de Esquines y Filócrates, manifestó de modo sorprendente al rey de Macedonia, cuando aún no había prestado su juramento, que Halos y la Fócida quedaban excluidas del tratado de paz<sup>18</sup>. No fue necesario que excluyera a Cersebleptes, puesto que Filipo durante su reciente campaña en Tracia le había hecho capitular, resolviendo con la espada un posible punto de fricción con Atenas. Con todo la posición de Demóstenes con respecto al rey tracio no fue clara ni consecuente. El había mantenido la tesis de que los aliados de hecho deberían participar en el tratado de paz, y, sin embargo, cuando el representante de Cersebleptes —Critóbulo de Lampsaco— solicitó prestar juramento en nombre del rey, Demóstenes declaró que su petición era inadmisibles. Por otra parte quería salvar a Cersebleptes, puesto que, en su opinión, de haber recibido Filipo la embajada ateniense en Tracia, se hubiera visto obligado a incluir a Cersebleptes en el tratado, o renunciar a la paz. Quizá, a pesar de sus aparentes protestas, aceptó como un mal menor que el rey de Tracia sucumbiese, para no entorpecer las negociaciones de paz con Filipo, que suponían para Atenas un interés mayor<sup>19</sup>. De todos modos no deja de ser sintomático que no responda en su discurso a la acusación lanzada por Esquines en relación con Cersebleptes.

Por último Demóstenes respondiendo a las acusaciones de Esquines sobre este período de su actividad política, pasa a la ofensiva y se constituye en acusador de su adversario. Le achaca una doble traición: 1) lentitud premeditada en el viaje de la segunda embajada para la paz, a fin de procurar a Filipo el tiempo necesario para ultimar sus conquistas; 2) las falsas promesas, que iba propalando, sobre el castigo que Filipo impondría a los tebanos y las ventajas que resultarían para

---

18. Cf. *Falsa embajada*, 159.

19. Cf. LUCCIONI, *Démosthène et le panhellénisme*, Paris 1961, p. 63; A. PUECH, *Les Philippiques de Démosthène*, Paris 1952, p. 118; G. MTHIEU, *o. c.*, p. 74 s.

Atenas, a fin de que ésta abandonando confiada su política de prudente vigilancia, permitiese a Filipo atravesar sin peligro las Termópilas, y consumir la ruina de los focenses <sup>20</sup>.

Si en esta primera época Demóstenes queda suficientemente justificado, el balance de su actuación política, dirigida al mayor bien de su Patria, es mucho más positivo en *el segundo periodo*, que, según la división de Esquines, se extiende desde la paz de Filócrates hasta la reanudación de las hostilidades con Filipo. Con todo Esquines censura la política de Demóstenes, durante este tiempo, por haber acusado y desterrado a Filócrates, y por haber realizado la alianza con Calias, dirigente político de Calcis de Eubea. Asimismo atribuye a venalidad del estadista sus esfuerzos por sanear la política exterior e interior de Atenas <sup>21</sup>. Interpretación pobre y demasiado socorrida.

Demóstenes, ya antes, cuando la segunda embajada, había descubierto los turbios manejos de Filócrates y Esquines. Si, por fin, el partido anti-macedónico se decidió a eliminar a sus principales adversarios, fue Hiperides quien, en la primera mitad del 43, acusó a Filócrates de crimen contra la seguridad del Estado. «El acusado no intentó ni siquiera defenderse; por lo demás se había jactado públicamente de obsequios en dinero y en tierras, que había recibido de Filipo; se desterró sin esperar el juicio, y fue condenado a muerte por contumacia» <sup>22</sup>. No en vano Libanio le califica como «el más desvergonzado de todos» <sup>23</sup>.

Con relación al movimiento de solidaridad nacional y panhelénica, que el orador promovió para enfrentarse a la amenaza de Filipo, es el propio Demóstenes quien afirma que Atenas no podía cruzarse de brazos ante las injusticias de Filipo, mucho menos ser cómplice de las desgracias que pudieran sobrevenir a Grecia. Su pueblo siempre había luchado por la primacía, el honor y la gloria, ese era el precioso legado de los mayores; por ello, al violar Filipo repetidamente el tratado de paz, le opuso resistencia, no sólo en Eubea, sino en las demás regiones de Grecia, donde le fue posible. Pues, si antes defendía Atenas a los pueblos oprimidos por la injusticia ajena, aunque en muchos casos no lo merecieran, con mayor motivo debía actuar cuando estaban en juego sus propios intereses y supervivencia. No sólo su política exterior fue beneficiosa para su Patria, también en política nacional actuó con acierto saneando la economía, y así alude a la ley por la que reguló de modo

20. Acusaciones que ya, cuando el proceso de la Embajada, había lanzado contra Esquines: cf. *Falsa embajada*, 20-24, 177 s.; *Cor.* 25-36; I. ROCA, *Discurso "Sobre la Paz"*, Salamanca 1965, pp. 14-16.

21. Cf. *Contra Ctes.*, 79-105.

22. G. MATHIEU, *o. c.*, p. 86.

23. *Hipótesis del discurso "Sobre la Paz"*, n. 3.



equitativo el pago de las contribuciones. De suerte que, si en la política exterior no antepuso las dádivas y amistad de Filipo a los intereses de Grecia, tampoco en política ciudadana prefirió el favor de los ricos a los derechos del pueblo<sup>24</sup>. Por eso cuando P. Cloché analiza este período, tras sólido y documentado estudio, saca la conclusión de que, a causa de esta inteligente política de captación panhelénica del gran estadista, Filipo perdió la preponderancia en varias regiones del Peloponeso, Grecia Central, Eubea y Tracia helénica<sup>25</sup>. Y. W. Jaeger, asombrado de la gesta realizada por Demóstenes, asegura que éste logró lo que durante siglos había parecido inconcebible, y que llevó a cabo, con una rápida intuición de la absoluta necesidad de su acto, una hazaña casi sobrehumana, que, en un período ascendente, hubiera puesto a cualquier otro estadista por las nubes<sup>26</sup>. Todo ello lo realizó Demóstenes, nos dice Luccioni, «empujado por su patriotismo ateniense y su agudo sentido de los intereses de la ciudad, bien persuadido de que no podía considerar aparte el bien de Atenas y el de Grecia, y que no se podía pensar que una perdiese la libertad sin que la otra la perdiese igualmente»<sup>27</sup>.

En *el tercer período* que transcurre desde la ruptura de la Paz hasta la derrota de Queronea, dos son las acusaciones fundamentales que Esquines opone al patriotismo demosteniano: 1) que actuó de acuerdo con los locrios de Anfisa, corrompido por dinero, para impedir que Atenas se sumara a la movilización general de los anficionos, ordenada al castigo de los sacrílegos anfisios; 2) que una vez realizada la alianza con Tebas, inspirada en el temor y la necesidad, no debida a la previsión y diligencia de Demóstenes, éste acarreó a su Patria tres grandes males: a) mintió sobre las verdaderas disposiciones de Filipo, más enemigo de Tebas que de Atenas, concertando una alianza que acrecentaba el poder de Tebas y resultaba muy onerosa para los atenienses; b) se arrogó todos los poderes de un dictador, y transportó a Tebas la sede del Consejo y de la democracia ateniense; c) llevó adelante las hostilidades, a pesar de los propósitos de paz de Filipo, impidiendo con amenazas que los tebanos pactaran con él, cuando todavía estaban a tiempo<sup>28</sup>.

Demóstenes para responder al ataque de Esquines sobre su política en este tercer período, el más trascendental de todos, toma el curso de los acontecimientos de más arriba. Quiere autorizarse con otros hechos anteriores de la historia contemporánea, contrarios a las pretensiones de Esquines, para poner en evidencia a su rival. El primero es el caso

24. Cf. *Cor.*, 60-109.

25. Cf. RBPh, XXX (1952), 677-720, donde analiza la política de Filipo y Atenas del 46 al 40.

26. Cf. *Demóstenes. La agonía de Grecia*, México 1945, p. 220 s.

27. *O. c.*, p. 131.

28. Cf. *Contra Ctes.*, 106-158.

Antifonte, que había intentado incendiar el arsenal del Pireo. A petición de Demóstenes fue condenado a muerte por el Areópago, y Esquines, por haber impugnado la legalidad del procedimiento judicial empleado por Demóstenes, quedó bajo la sospecha de complicidad, por lo menos moral. Una segunda decisión del Areópago excluyó a Esquines, cuando ya había sido designado por la Asamblea Popular, de la misión de patrocinar la causa de Atenas frente a los delios, que reclamaban la administración de su propio santuario. Fue substituido por Hipérides. Finalmente, cuando a principios del 43 Pitón de Bizancio, al frente de una embajada macedónica, llegó a Atenas para quejarse en nombre de Filipo de la hostilidad sistemática que los atenienses dispensaban al Rey, Demóstenes entabló con él dura polémica, recordó nuevamente las injusticias de Filipo, y obtuvo, según dice, el asentimiento de los propios aliados de Macedonia. En cambio Esquines apoyaba los argumentos de Pitón, y profería contra la Patria falsos testimonios<sup>29</sup>. Así desprestigiado su adversario, Demóstenes pasa a tratar con mayores garantías de éxito la cuestión primordial de la guerra de Anfisa. Pretende que Esquines provocó en colusión con Filipo el mal funesto de la guerra anfictiónica contra los locrios, quienes no tenían entablado pleito alguno contra Atenas, ni podían acusarla sin citarla primero de oficio. El promovió, con una precipitación y ligereza imperdonables, aquella situación tensa que obligó a los anfictiones a intervenir, y a entregar en manos de Filipo la dirección de la contienda<sup>30</sup>.

Reconozcamos en descargo de Esquines que su antagonista no puede aducir una prueba fehaciente de traición formal y deliberada. Igualmente debemos observar que, al principio de la guerra sagrada, fue Cotifo<sup>31</sup> y no Filipo quien dirigió las operaciones contra los locrios. Sin embargo fue este conflicto el que brindó a Filipo la gran ocasión.

Con todo Demóstenes puede enorgullecerse de su lealtad con Atenas, cuando defiende la alianza que logró con Tebas en el momento supremo. Sin duda el temor y la necesidad, en frase de Esquines<sup>32</sup>, ayudaron al orador a conducir a feliz término las negociaciones, pero tampoco podemos desconocer los factores adversos: la oposición de los cómplices de Esquines, que procuraban la ruptura<sup>33</sup>, las promesas y ofrecimientos que la embajada de Filipo hizo a los tebanos<sup>34</sup>, en fin, la tradicional

29. Cf. *Cor.*, 132-136; G. MATHIEU, *o. c.*, pp. 82 y 85.

30. Cf. particularmente *Cor.*, 145-159.

31. Cf. *Contra Ctes.*, 128. Sobre la génesis y desarrollo de la guerra sagrada de Anfisa, cf. P. CLOCHE, *Démôsthène et la fin de la démocratie athénienne*, Paris 1937, p. 188 s.

32. Cf. *Contra Ctes.*, 140.

33. Cf. *Cor.*, 163.

34. Cf. *Ibidem*, 211-214.

enemistad entre Tebas y Atenas <sup>35</sup>. Así pues, a la intuición y habilidad diplomática de Demóstenes correspondió sobre todo la gloria de la reconciliación y de la alianza, que ya habían deseado anteriormente Aristofonte y Eubulo, y que, sin descuidar los intereses comunes, fue particularmente beneficiosa para Atenas, al constituirse Beocia en el teatro de la guerra <sup>36</sup>. Si Esquines pudo reprochar a Demóstenes el dispendio y la humillación que supusieron para Atenas las cláusulas precisas del tratado de alianza, por las que el pueblo ateniense se comprometía a sufragar en sus dos tercios los gastos de la contienda, concedía a los tebanos la dirección de las operaciones terrestres y reservaba a un mando conjunto de Atenas y Tebas la supervisión de los efectivos navales <sup>37</sup>; no obstante el estadista podía replicarle, trayendo a la memoria la ancestral generosidad de su Patria, que ya en las guerras médicas, sobre todo en Salamina, se manifestó; la superioridad incontestable de la infantería tebana, y la necesidad de no poner obstáculos a una empresa de vital interés para Atenas y el resto de Grecia <sup>38</sup>.

Demóstenes, pensando en el honor y provecho de su pueblo, se atreve a afirmar que la solución que entonces presentó fue la mejor de las soluciones posibles, y que él se reconoce culpable, si existía un plan mejor o una política diferente, de la que él propuso, ya que ésta no se le debía ocultar <sup>39</sup>. Esquines, si la intuyó, debió haberla indicado, pues el heraldo se lo pedía en nombre de la Patria.

Pero hay más todavía. Aún en el caso de que Esquines lo hubiera previsto y predicho, ni aun entonces debía Atenas desertar del puesto que ocupó en aquella hora, si le importaba la gloria, la tradición y la posteridad. Atenas, pues, en ningún caso se equivocó, antes bien remedó las gestas de Maratón y Salamina. Así Esquines, al pretender arrebatarse a Demóstenes una corona, priva a su Patria de un elogio inmortal <sup>40</sup>. Por ello su pueblo le ha hecho justicia. A raíz de la conclusión de la alianza con Tebas, en los momentos del entusiasmo primero, Demóstenes también fue coronado, y Esquines no protestó, ni siquiera se asoció a la impugnación de Diondas. Aun después de Queronea, sus conciudadanos le honraron con su confianza, se dejaron dirigir por sus consejos, y rechazaron las acusaciones de sus enemigos, absolviéndole cuantas veces fue procesado. El pueblo le escogió a él para pronunciar el elogio

35. Cf. *Ib.*, 163-168.

36. Cf. *Ib.*, 153; la arena histórica y el resultado positivo de la negociación: 174-79 y 214. Cf. asimismo DIODORO SICULO, *Biblioteca histórica*, XVI, 85; PLUTARCO, *o. c.*, XVIII.

37. Cf. *Contra Ctes.*, 143.

38. Cf. *Cor.*, 238-240.

39. Cf. *Ibidem*, 190 s.

40. Cf. *Ib.*, 199-208.

fúnebre de los caídos en Queronea, a pesar del interés demostrado por Esquines y Demades en conseguir la distinción; los parientes de los muertos le encargaron organizase en su casa el banquete fúnebre acostumbrado <sup>41</sup>.

Demóstenes quiere y puede de algún modo justificar la derrota. Frente a Filipo que gozaba de un poder absoluto en Macedonia, que estaba mejor preparado para la guerra, y que contaba con la venalidad de los traidores; el único recurso del estadista era supalabra, y ésta muchas veces entorpecida por sus enemigos políticos; la decisión última estaba siempre en poder de la Asamblea de pueblo. El no rehuye su responsabilidad como orador y político, pero no fue estratega, ni responsable de la organización militar. En todo caso él no fue señor del Destino, sino éste señor de todo <sup>42</sup>. Su política de resistencia, en último término, obligó a Filipo a conceder a su Patria una paz honorable <sup>43</sup>.

Al analizar *el cuarto período* de la actividad política de Demóstenes, el que discurre desde Queronea hasta el momento del proceso, Esquines desorbita su acusación, al pretender que su adversario se ha vendido a Alejandro, y en consecuencia no quiso intervenir en favor de Persia y de la revuelta de los espartanos <sup>44</sup> en 331.

En el discurso de su autodefensa, Demóstenes no se ocupa directamente de esta época, sin duda porque interesa poco para el éxito de la causa. Se le juzgaba por los acontecimientos anteriores al 36, y en particular por el período en que, quebrantada la paz de Filócrates y abiertas las hostilidades con Filipo, el orador suscitó una cruzada panhelénica contra Macedonia, que no logró su objetivo, y llevó a su Patria al borde de la ruina. Sin embargo sabemos por la historia que incluso después no había renunciado a su política anti-macedónica. No sólo acogió con regocijo la muerte de Filipo, acaecida el 336, sino que apoyó resueltamente el levantamiento de Tebas contra Macedonia, cuando al año siguiente, a fines del verano, corrió el rumor de la muerte de Alejandro. La actitud posterior de prudente reserva puede explicarse por diversas causas; ora por el temor de comprometerse, toda vez que Alejandro había pedido nominalmente su extradición, tras aplastar la revuelta tebana; ora porque su clarividencia política le hacía desconfiar en el éxito de la empresa anti-macedónica <sup>45</sup>. Lo cierto es que las malévolas suposiciones de Esquines no pudieron convencer al pueblo ateniense de falta de integridad en Demóstenes.

41. Cf. *Ib.*, 222, 247-250, 285-288; PLUTARCO, *o. c.*, XXI.

42. Cf. *Ib.*, 194, 243-246.

43. Cf. *Ib.*, 254; G. MATHIEU, *o. c.*, p. 116 s.

44. Cf. *Contra Ctes.*, 159-167.

45. Cf. PLUTARCO, *o. c.*, XXII s.; G. MATHIEU, *o. c.*, p. 122 s.

*Rectificaciones previas de Esquines y réplica de Demóstenes.*

Terminado el análisis de los cuatro períodos de la política demosteniense, Esquines quiere anticiparse a las previsibles respuestas de su antagonista. La impresión que da esta última parte de su discurso es de reiteración y desorden, que contrasta con la buena ordenación anterior, y de una preocupación no disimulada ante la inminente intervención de Demóstenes, que da como segura.

Ante todo quiere impedir que su rival tome la palabra porque, según él, es un embaucador que piensa destruir las leyes con sus discursos. Si habla será contra la democracia y el derecho. Pero en todo caso que ajuste su defensa al orden establecido por él en su discurso. de acusación <sup>46</sup>. Asegura que Demóstenes no es un buen demócrata, aunque se presente como amigo del pueblo y recurra a las lágrimas, pues sus actos no están en consonancia con sus palabras: ha sido un traidor y desertor <sup>47</sup>. En cuanto a las invectivas que presume Demóstenes le dirigirá, quiere responder por anticipado; no es el amigo de Macedonia que Demóstenes pretende, su silencio, en los momentos difíciles, fue en interés de su pueblo y por tanto democrático, y si, por fin, se ha decidido a dar curso a la acusación, es porque su adversario ha colmado la medida de los crímenes. Sobre todo le irrita que Demóstenes le compare a las sirenas, que primero cautivan y luego hacen perecer <sup>48</sup>. A continuación, el resto del discurso está presidido por la idea obsesiva de que la coronación del orador sería una indignidad. Es intolerable, dice, que se corone a un Tersites, cobarde y calumniador. Grecia se escandalizaría. Si Demóstenes ha reparado los muros, sus crímenes han hecho necesario el trabajo. El que asegure que es un hombre de bien tiene que demostrarlo. La alianza con Tebas no fue mérito suyo, fue obra del temor, de la necesidad, y en todo caso de Atenas. Los títulos para la corona son la cobardía y la deserción; así, caso de coronarle se deshonor a Atenas, se ultraja a los muertos y se desalienta a los vivos. Para los jóvenes sería motivo de corrupción. La Patria será juzgada de modo similar al personaje coronado, y es indigno se la compare a Demóstenes. Dentro de pocos días, tendrán lugar los juegos Píticos y la Asamblea de todos los griegos; coronando a este hombre se hará cómplices a los atenienses de las infracciones de la paz general. Los grandes benefactores de la Patria, cuales Solón, Arístides y Temístocles, los caídos en Maratón y Platea, y los mismos sepulcros

---

46. Cf. *Contra Ctes.*, 203-207.

47. Cf. *Ibidem*, 169-190; 208-213.

48. Cf. *Ib.*, 216-229.

de los mayores gemirían, si se coronase al que por propia iniciativa ha servido a los bárbaros contra los helenos <sup>49</sup>.

Demóstenes, en el epílogo de su discurso y como réplica, concebida con libertad, a varias de las invectivas lanzadas por Esquines, se fija en cuatro puntos fundamentales, que le brindan la ocasión para hablar de la τύχη, del alcance de su elocuencia, del contraste entre el político patriota y el traidor, y de su posible parangón con los grandes estadistas.

1. Para Esquines Demóstenes es el causante de todas las desgracias de la Patria <sup>50</sup>, ya que su mala estrella ha prevalecido sobre la fortuna de Atenas. El orador responde que la fortuna de un hombre es demasiado pequeña para imponerse a la de un pueblo. Se trata únicamente de una τύχη, sobrehumana, que asigna igualmente a griegos y bárbaros un destino común de dolor <sup>51</sup>. En otros discursos, particularmente la I Olintíaca, Demóstenes se complace en considerar a la diosa τύχη el poder más grande conforme al pensamiento religioso contemporáneo, como una divinidad benévola y providente, que concede a los mortales ocasiones propicias, de cuyo aprovechamiento depende el logro de la felicidad y del éxito. Despertando el sentimiento religioso de su pueblo, el estadista propugna que el hombre participa en la responsabilidad de su propio destino, y que no sólo sus actos, sino también las omisiones tienen sus consecuencias. Sin duda Atenas y Grecia tuvieron su parte de culpa en la postración política, que siguió a Queronea; pero en la medida en que atenienses y tebanos se resolvieron, por fin, a cumplir con su deber, ya no son responsables del resultado adverso. En este momento interviene la τύχη concepto límite de todo acto humano y causa divina —providente o caprichosa (?)— que, en último término, concede a los hombres los éxitos o los fracasos <sup>52</sup>. En todo caso Demóstenes invita a su rival a comparar con la suya su propia fortuna. Su rango de esclavo, escribano, actor fracasado de tercera clase, orador y político entregado a la traición, con la esmerada educación que a Demóstenes cupo en suerte, su espíritu de servicio y generosidad aun en los momentos de peligro <sup>53</sup>. No debería Esquines reprochar una política aprobada por todos, pero colma la medida del cinismo, al acusar como crímenes los hechos que se reconocen accidentes del destino <sup>54</sup>.

2. Quería asimismo Esquines que los atenienses desconfiasen de la

49. Cf. *Ib.*, 230-259.

50. Cf. *Ib.*, 57, 135 s.

51. Cf. *Cor.*, 252-256.

52. Cf. W. JAEGER, *o. c.*, p. 164 ss.; M. CROISSET, *Des idées morales dans l'éloquence de Démosthène*, Paris 1874, pp. 196-200.

53. Cf. *Cor.*, 257-269.

54. Cf. *Ibidem*, 272-275.

elocuencia de Demóstenes<sup>55</sup>. Este responde que no interesa la elocuencia, sino el uso que de ella se hace. El debate que les ocupa no es juicio de oratorias, sino de actitudes políticas, a saber, al consejero se le pide no obrar en interés propio o por rencillas personales, ni por ostentación, sino orientar el discurso al máximo bien del país, sobre todo cuando se encuentra en gravísimo peligro. Demóstenes ha empleado siempre su oratoria en provecho de su pueblo, Esquines, por el contrario, en favor del enemigo o contra cualquiera que se haya tropezado en su camino, nunca en pro de la justicia y del interés de la Patria<sup>56</sup>.

3. Es después de recordar el decreto, aprobado por la Asamblea Popular a propuesta de Demóstenes, ordenado a la reconciliación y alianza con Tebas, cuando el orador describe muy oportunamente los rasgos del consejero patriota y del sicofanta o calumniador. El primero manifiesta su parecer adelantándose a los acontecimientos y se hace responsable de su consejo; el otro, en cambio, calla cuando se debería hablar, y denigra maliciosamente, si ocurre algún fracaso<sup>57</sup>. Con este pasaje enlaza adecuadamente la parte que en el epílogo, que nos ocupa, consagra Demóstenes a la acción maléfica de los traidores, concausa de la derrota de Querona, y a los beneficios que, en toda contingencia, procura a su nación el consejero patriota. El orador hace recaer sobre los políticos de la clase de Esquines gran parte de la responsabilidad de los hechos. Son los traidores que por una vergonzosa codicia sacrificaron el bien común, y que, tras haber mutilado la patria, entregaron la libertad a Macedonia<sup>58</sup>. (La descripción que ofrece del traidor el n. 296 es modelo en su género por su impresionante colorido y acumulación de metáforas<sup>59</sup>). Por el contrario Demóstenes defiende su integridad política en toda ocasión y circunstancia. No sólo reparó las murallas, sino que procuró aliados y recursos. En previsión al conflicto armado ofreció a la Patria todos los medios posibles de defensa. Por su parte lo dispuso todo con acierto, pero el Destino, la impericia de los generales y el crimen de los traidores pueden explicar el desastre. Si en otras ciudades griegas hubiera habido políticos al estilo de Demóste-

55. Cf. *Contra Ctes.*, 16, 206-208.

56. Cf. *Cor.*, 276 s. Demóstenes en el n. 277 pronuncia la palabra *δεινότης*, que luego sustituye modestamente por *εμπειρία* y señala el alcance de su potencia y habilidad oratorias. No ha sido el sofista que Esquines pretende, sino el consejero patriota. Ya los retóricos antiguos aplicaron a Demóstenes, para caracterizar la vehemencia de su arte oratorio el término *δεινότης* que había servido para designar la elocuencia en general. Así, según indicamos en la nota 1, Dionisio de Halicarnaso escribió sobre la habilidad o talento oratorio de Demóstenes un tratado especial. El anónimo "*De sublimi*" la recuerda en XXXIV, 4. PLUTARCO, *o. c.*, L, 2.

57. Cf. *Cor.*, 189.

58. Cf. *Ibidem*, 294-296.

59. Cf. "*De sublimi*", XXXII, 1; F. BLASS, *o. c.*, III, 1, p. 94 s.

nes, la felicidad hubiera inundado Grecia <sup>60</sup>. De haber triunfado, Atenas se hubiera situado en el culmen de la grandeza, en medio de la derrota ha salvado el honor. El silencio observado por Esquines, en los momentos de supremo peligro, no fue democrático, ya que no es posible desinteresarse de la Patria, cuando necesita los servicios del político, ni puede este adoptar una postura de tranquilidad culpable, mucho menos combatir a su pueblo. Tan sólo apela su adversario a los recursos de su oratoria cuando los demás fracasan, pero nunca ha logrado para su pueblo alianzas, amistades o gloria. Ni siquiera tuvo buena voluntad, pues nunca hizo obsequio alguno a su Patria, teniendo medios suficientes para ello <sup>61</sup>.

4. Tampoco quiere Demóstenes prescindir del recuerdo que Esquines dedicó en su discurso a los grandes estadistas del pasado, y con los cuales no puede según él, compararse el acusado <sup>62</sup>. Demóstenes responde que los muertos inspiran generalmente respeto, incluso a los enemigos, por el contrario existe siempre un cierto recelo para con los vivos. El quiere compararse a Esquines y los de su clase. Aun en los vivos hay que reconocer su verdadero desinterés, y bajo este aspecto su conducta es similar a la que mantuvieron los grandes políticos, la de Esquines por el contrario, la propia del calumniador. Reconociendo Demóstenes que no se parece a los prestigiosos estadistas del pasado, se considera superior a los oradores de su tiempo, ya que, en el concurso público abierto para poner a prueba el patriotismo, fue él quien pronunció los mejores discursos y hacía triunfar en la Asamblea sus proyectos. Y así aprovecha la ocasión para señalar las dos cualidades del ciudadano honrado por naturaleza: mientras las circunstancias lo permiten, buscar la gloria y la preeminencia de su país, en toda ocasión y actividad mostrarle su benevolencia. Así pues, el camino recto y justo que él tomó en su política fue el de servir al honor, el poder y la gloria de la Patria, acrecentarlos y ayudar a sus conciudadanos <sup>63</sup>.

Termina el orador su discurso con una plegaria transida de convicción, energía, humanismo y piedad. Se olvida de su persona y de la causa que motivó el debate, para augurar a su patria la salvación en medio de la seguridad <sup>64</sup>. Esta nobleza de sentimientos contrasta con la peroración de Esquines, que también tiene en cuenta el interés de la Patria, pero en la que se trasluce su vana complacencia en el discurso pronun-

60. Cf. *Cor.*, 297-305.

61. Cf. *Ibidem*, 306-313.

62. Cf. *Contra Ctes.*, 181-188; 257-259.

63. Cf. *Cor.*, 314-323.

64. *Ib.*, 324 y el comentario de P. TREVES, *L'Orazione per la Corona*, Milán 1962, p. 258.



ciado —de plegaria tragicómica y banal la califica P. Treves—, no exenta de temor ante la posibilidad del fracaso <sup>65</sup>.

Digamos para cerrar este capítulo que el pueblo ateniense supo apreciar con inteligente perspicacia la actuación sincera de Demóstenes, encaminada al interés y gloria de la Patria, y en la línea de la más noble tradición política; por ello siguió confirmándole su benevolencia, aún después de la derrota de Queronea, y le otorgó el triunfo en el proceso. El corazón de Atenas latía al unísono del gran orador, y entre éste y su pueblo se establecía una fuerte corriente de simpatía y compenetración. En efecto, al principio de su discurso proclama Demóstenes que la peor desgracia para él consiste en perder la simpatía y el afecto de su pueblo, como constituye el bien máspreciado el haberlos conseguido, toda vez que por su parte se ha esforzado siempre en demostrarle su cariño y benevolencia <sup>66</sup>. Se refiere, pues, a la εὐνοία <sup>67</sup>, virtud característica del orador, que debe poseer todo buen demócrata. No es un frío sentimiento de simpatía o benevolencia, afecta al corazón y a la voluntad, y significa el ánimo decidido de cumplir con el deber y sacrificarse por la Patria. De ahí que ya al principio mismo de su defensa proclame su εὐνοία para con su pueblo, como quien ratifica de decreto de Ctesifonte, que la ponía de manifiesto; y al final de su intervención buscando fundamentar filosóficamente el concepto de esta virtud política, afirme que nunca debe faltar en un ciudadano honesto por naturaleza. Así él puede gloriarse de que en el trance de supremo riesgo no abandonó el puesto de servicio que la εὐνοία le exigía, y que ante ningún peligro, ni por favor alguno traicionó el cumplimiento de este su deber <sup>68</sup>. Es por ello que Demóstenes responde al tipo ideal del patriota ateniense en el s. IV, y que en su discurso campea «la convicción de un ardiente patriotismo» <sup>69</sup>.

## II.—LA HELENIDAD SOLIDARIA DE DEMOSTENES EN EL PROCESO DE LA CORONA.

Físicamente la helenidad se encontró representada en la causa de la Corona. El propio Esquines afirma que la acusación presentada contra Demóstenes y que él extiende a los cuatro períodos en que dividió la actuación política de su adversario, la formula en presencia de los jue-

65. Cf. *Contra Ctes.*, 260; F. BLASS, *o. c.*, III, 2, p. 181 s., 219 s.

66. Cf. *Cor.*, 5.

67. Cf. PREUSS, *Index Demosthenicus*, Leipzig 1892, reimpr. 1963, s. v.; εὐνοία.  
P. TREVES, *o. c.*, p. 24.

68. Cf. *Cor.*, 1, 321, 173, 322.

69. A. NOLLET, *Discours pour la Couronne*, Paris-Liège 1963, p. 17.

ces, en presencia de los demás ciudadanos, y en presencia de todos los griegos, que han querido asistir a este proceso, «que no son pocos los que veo presentes —son sus palabras—, sino tan numerosos cuantos nadie recuerda haberlos visto reunidos en un debate público»<sup>70</sup>. También Demóstenes alude en su discurso a la numerosa concurrencia<sup>71</sup>. Cicerón se hace eco de esta circunstancia cuando dice: «...ad quod iudicium concursus dicitur e tota Graecia factus esse»<sup>72</sup>. Sin duda la nutrida asistencia tenía en cuenta la calidad máxima de los oradores, y la causa en litigio, que suscitaba el mayor interés. A nosotros se nos ocurre pensar, tras la lectura atenta del «Pro Corona», que posiblemente muchos de los espectadores griegos hicieron acto de presencia porque se consideraron personalmente interesados en la causa<sup>73</sup> y en cierto modo acusados con Demóstenes.

Ello nos obliga a estudiar el ideal panhelénico claramente expresado en el discurso de Demóstenes, y de refilón el que Esquines pudiera propugnar en su discurso de acusación. Comenzamos por este último.

Aparentemente existe en las afirmaciones de Esquines un atisbo de panhelenismo, y una cierta preocupación por la suerte de la helenidad. Creemos con todo que las frases de alcance panhelénico, de dudosa sinceridad, podrían explicarse como recursos del arte oratorio, o por tratarse de un tópico bastante en boga en aquella época. Luccioni, en efecto, niega exista en Esquines el tema panhelénico, así como una doctrina política sobre la que se apoye de modo convincente<sup>74</sup>. Según G. Mathieu no parece que jamás Esquines haya tenido una concepción bien clara de la unidad griega<sup>75</sup>, y si colaboró con Filipo no fue porque aprobase el programa panhelénico del Macedonio —afirma Momigliano—, «sino sólo porque estaba convencido sinceramente de que no había más solución que ponerse de acuerdo con él, reconociendo la inferioridad de Atenas»<sup>76</sup>. Cuando, pues, acusa a Demóstenes, según vimos, de haber impedido se adhiriesen a la paz de Filócrates todos los griegos que lo hubieren deseado, y con ello que Atenas ganase prestigio y aliados mediante una reunión panhelénica<sup>77</sup>; o cuando le califica de ruina común de toda Grecia, y nominalmente de Tebas, Esparta y Atenas, por no haber aso-

70. *Contra Ctes.*, 56.

71. Cf. *Cor.*, 196.

72. *De opt. gen. orat.*, 7, 22.

73. El acta de acusación espuria, que aparece en el n. 54 y s. del *Pro Corona*, habla de la virtud y benevolencia de Demóstenes no sólo para con el pueblo de Atenas, sino también para con todos los griegos.

74. Cf. LUCCIONI, *o. c.*, p. 160.

75. Cf. *Les idées politiques d'Isocrate*, Paris 1925, p. 193.

76. *Filipo il Macedone*, Firenze 1934, p. 117.

77. Cf. *Contra Ctes.*, 70.

ciado a su pueblo a la campaña de los anficiones contra Anfisa <sup>78</sup>; o cuando dice que Grecia se avergonzaría de la coronación de Demóstenes <sup>79</sup>, parece que, en todos estos pasajes, no debemos apreciar sino oportunismo oratorio y argumentos de polémica.

Frente a esta pobreza de ideal político en Esquines, encontramos en el «Pro Corona» una auténtica visión panhelénica, tendente a unir a los pueblos griegos, que participaban de un mismo legado espiritual y religioso, para defender su libertad contra la tiranía macedónica.

Así pues, el «Pro Corona» es la defensa de una política pro-ateniense, según se desprende de la exposición anterior, pero no solamente eso, al propio tiempo es la justificación de la política panhelénica de Demóstenes, «puesto que lo esencial de sus esfuerzos había tendido a oponer a Filipo el mayor número posible de griegos, unidos bajo la dirección de Atenas para la defensa de Grecia» <sup>80</sup>.

Si consideramos, bajo este aspecto de panhelenismo, el primer período de la actuación política demosteniana, según la división establecida por Esquines, el de la guerra de Anfípolis con la que simultáneamente se libró la tercera guerra sagrada o focense, Demóstenes nos habla de la confusión y desorden que durante este tiempo reinaban en Grecia. Los griegos no querían ningún tipo de hegemonía, deseaban mantener a toda costa su independencia nacional. Ello les incapacitaba para comprender el verdadero interés que para la defensa de su libertad suponía la guerra que Atenas mantenía con Filipo, y el peligro real que entrañaba la presencia del Macedonio, quien por todos los medios fomentaba la desunión en Grecia. Demóstenes habla de la vileza e incompreensión de los griegos, en tanto que su pueblo realizaba una campaña larga e ininterrumpida en vistas al interés común, como demostraron los hechos <sup>81</sup>. Por nuestra parte opinamos que la guerra de Anfípolis se inspiraba en motivos de orden nacional, aunque redundaba objetivamente en beneficio de todos los griegos, al combatir al enemigo común. El partido de Eubulo, imperante entonces en Atenas, realizaba una política nacionalista, y demostraba escasas preocupaciones de orden panhelénico. Demóstenes, relegado entonces a un segundo plano, no se había convertido todavía en el estadista de grandes vuelos, que fue después, antes por el contrario, propugnaba la política del equilibrio de poderes. De todos modos cuando Atenas, impresionada por la caída de Olinto, y velando por sus propios intereses quiso asociar a la causa anti-macedónica

---

78. Cf. *Ibidem*, 131-134, 157 s., 254.

79. Cf. *Ib.*, 232.

80. LUCCIONI, *o. c.*, p. 126.

81. Cf. *Cor.*, 18-20. Sobre todo este último párrafo.

a otros pueblos griegos, y despachó embajadas al efecto, la respuesta de estos fue negativa. Por ello se impuso la paz de Filócrates <sup>82</sup>. Y si Demóstenes no quiso esperar la respuesta de otros pueblos griegos, aparte de los que eran miembros de la segunda confederación marítima, lo hizo, entre otras causas, por estar convencido de que entonces nada cabía esperar de la acción mancomunada de los griegos. De esta convicción participaba también Esquines, aunque luego, desvirtuando los hechos, quiera deducir de esta resolución un capítulo de acusación contra su adversario <sup>83</sup>. En cambio Demóstenes puede con razón inculparle por haber propalado las falsas promesas de Filipo, con las que desconcertados y fascinados a un tiempo los atenienses, ya no pensaron en impedir a Filipo, como en 353, el paso de las Termópilas, ni evitaron la ruina de los focenses, logros éstos decisivos para las pretensiones de Filipo, pero de funestas consecuencias para toda Grecia <sup>84</sup>. Demóstenes lamenta, a raíz de estos hechos, la ceguera de tesalios y tebanos al entregarse en manos de Filipo, y subraya la indignación de Atenas, unida a la imposibilidad de actuar por el momento así como la despreocupación de los restantes griegos.

Si por el momento no había que comprometer la paz filocratea, Demóstenes la considera provisional, no definitiva como Eubulo y Esquines. Para él significaba una pausa, que permitiría a su pueblo prepararse mejor para la lucha de inminente realización. Con una política inteligente había que captar las simpatías tanto de los griegos no alineados, como de los aliados de Filipo, para sumarlos a todos a la causa común de la Helenidad. Apelar para ello a los intereses particulares de unos y otros, siguiendo del enemigo el consejo, podría dar excelente resultado. Demóstenes insinuó veladamente por este tiempo una reconciliación y alianza con los pueblos del Peleponeso y Tebas <sup>85</sup>. Los primeros suponían para Atenas un interés mayor que Esparta. Las buenas relaciones de vecindad con los tebanos, que hubieran sido la mejor solución para poner fin a la guerra focense, eran de una importancia excepcional, dado el potencial militar de Tebas.

En todo caso Demóstenes se mostró un político infatigable, pero realista. Sus esfuerzos de captación panhelénica y los éxitos obtenidos, quedan particularmente expresados, aunque no de un modo exclusivo en los nn. 60-109 del «Pro Corona», que corresponden al segundo período en que Esquines divió su actividad política. Entre los pueblos griegos

82. Cf. A. PUECH, *o. c.*, pp. 111-116.

83. Cf. *Contra Ctes.*, 70-72.

84. Cf. *Cor.*, 32-36 y particularmente el n. 41; *Paz*, 10; *II Fil.*, 28-30.

85. Cf. W. JAEGER, *o. c.*, p. 200 s.

continuaba imperando la división y las rencillas. Filipo aprovechó esta situación preexistente, y mediante la conquista y el fraude atizó la desunión, dejando a Grecia en un estado de postración todavía peor. Ante esta trágica situación de abandono, pregunta Demóstenes: «...¿Qué debía hacer nuestra Patria, Esquines, viendo que Filipo se preparaba el imperio y la tiranía de Grecia?»<sup>86</sup>. Según él, ni podía ser cómplice de sus injusticias, como los tesalios, ni cruzarse de brazos como los mesenios y argivos; su gloriosa tradición política impulsaba a Atenas a la única solución posible: hacer frente con la justicia a las injusticias de Filipo. «He aquí cuál fue mi política, dice Demóstenes; viendo que este hombre intentaba esclavizar a todos los pueblos, me opuse, y no cesé de advertírsele y de aconsejaros que no os abandonáseis»<sup>87</sup>.

Bien conocida es la incesante actividad que el estadista desplegó, durante todo este tiempo, sobre todo del 44 al 40. Naturalmente en un discurso de autodefensa no alude Demóstenes a sus fracasos diplomáticos, por ejemplo, a la embajada del 44 a Mesenia y a Argos que a pesar de la acogida favorable, no dio resultado. El, en cambio, se desvivió y logró que su pueblo compartiese sus propios sentimientos, y a partir del 41, de orador de segundo rango, que militaba en la oposición, se puso al frente de la política ateniense. Si la decisión, como era lógico en una nación democrática, estaba en manos de la Asamblea Popular, la clarividencia y convicción del orador hacía triunfar sus puntos de vista. De esta intensa y fecunda acción diplomática y militar se hace eco en el «Pro Corona» cuando dice: «...Para empezar yo propuse la embajada enviada al Peloponeso, cuando por vez primera él (Filipo) se infiltraba allí; después la de Eubea, cuando él ponía sus manos en Eubea, después la expedición de Oreos (ya no una embajada) y la de Eretria, cuando entronizó tiranos en estas ciudades. A continuación hice enviar todas las expediciones que han salvado al Quersoneso, Bizancio y todos los aliados. Por donde os vinieron las mayores satisfacciones: elogios, gloria, honores, coronas, acciones de gracias de parte de aquellos que se beneficiaron; los pueblos víctimas, que siguieron vuestros consejos, les debieron a ellos su salvación, los que los despreciaron, tuvieron que acordarse con frecuencia de vuestras predicciones y consideraros no sólo como a gente benévola, sino inteligente y présaga, porque todas vuestras predicciones se vieron realizadas»<sup>88</sup>.

El político para su magna empresa se autorizaba con los ejemplos del pasado, las nobles gestas realizadas por Atenas en favor de pueblos

---

86. *Cor.*, 66.

87. *Ibidem*, 72. Cf. n. 69.

88. *Ib.*, 79 s.

griegos, situados en grave peligro: corintios y tebanos, cuando la guerra corintia (395)<sup>89</sup>; lacedemonios, a partir de su derrota en Leuctra<sup>90</sup>; eubeos contra la insolencia tebana (357). En estos casos presenta a su Patria actuando con desinterés, con gran riesgo, aun tratándose de quienes la habían injuriado. Según Luccioni<sup>91</sup>, Atenas con estas intervenciones evitaba que ningún pueblo griego fuese excesivamente poderoso, buscando un equilibrio político en la Helade, en interés propio. Con todo, y sin desconocer que en las ocasiones mencionadas Atenas se propusiese la finalidad de supervisar la política griega para evitar toda molesta hegemonía, creemos que en la intención de Demóstenes se quiere destacar lo que de honorable y generoso hubo en aquellas actuaciones: su pueblo tuvo que superar la natural indignación, que le producía el recuerdo de las ofensas recibidas de parte de alguno de sus protegidos; por otra parte, de momento era muy problemático el provecho que obtendría, y en cambio se exponía a un grave peligro. En efecto las afirmaciones del orador suenan al más puro desinterés: «Con estos hechos, pues, demostrásteis a todos los griegos que en otras circunstancias sabéis mostrar vuestra indignación a cualesquiera que hayan obrado mal con vosotros, pero que si les amenaza un peligro de independencia y libertad, ni guardaréis rencor, ni os acordaréis de la ofensa... Podría enumerar mil intervenciones semejantes, pero las paso por alto: batallas navales, campañas por tierra, expediciones antiguas y contemporáneas, que han sido todas realizadas por nuestra patria en pro de la libertad y la salvación de los restantes griegos»<sup>92</sup>. Virtud excelsa de lealtad y nobleza que Demóstenes se esforzó por reflejar en su conducta, en concreto con relación a su política exterior o panhelénica, ya que principio de su programa fue el no anteponer las dádivas y amistad de Filipo a los intereses comunes de toda Grecia<sup>93</sup>.

Consecuente con esta política, consiguió el éxito diplomático más sorprendente al lograr a principios de otoño del 39 la alianza con los tebanos, sus viejos enemigos y rivales. En este momento nos interesa tan sólo llamar la atención sobre el decreto, que a propuesta de Demóstenes aprobó la Asamblea, encaminado a la consecución de la tan suspirada reconciliación mutua. Aunque el documento es aprócrifo<sup>94</sup>, su contenido desde el principio al fin pone de relieve el sentimiento de soli-

89. Cf. JENOFONTE, *Helénicas*, III, 5, 17-23.

90. Cf. *Ibidem*, VI, 5, 49.

91. Cf. *O. c.*, p. 135.

92. *Cor.*, 99 s.

93. Cf. *Cor.*, 109.

94. Cf. G. MATHIEU, *Plaidoyers politiques*, IV, *Sur la Couronne*, Paris 1947, pp 18 y 85, nota.

daridad helénica, lo que hace justamente suponer que este fue el espíritu que animó a Demóstenes en aquella ocasión. Reducido a sus líneas generales el decreto habla de los atentados que Filipo viene cometiendo contra todos los pueblos y en particular sus injusticias contra Grecia: contra su libertad y régimen político; por ello el pueblo de Atenas «juzga escandaloso e indigno de la gloria de los antepasados permitir que los griegos sean reducidos a la esclavitud», pues aquellos prefirieron salvaguardar la libertad de Grecia a la suya propia; y, si considera honroso que los griegos se disputen la hegemonía, verse privados de ella por un hombre de otra raza, piensa que es indigno de la gloria de los griegos y del valor de los antepasados. Es por ello que el pueblo ateniense tampoco ahora abandona los intereses de los tebanos y de los demás griegos <sup>95</sup>. Así el documento propugna contra Filipo, antítesis del helenismo y personificación de la ὕβρις, la acción panhelénica de la defensa común.

Lógicamente, tras la derrota de Queronea, Demóstenes, acusando a Esquines, se lamenta de ella como de una desgracia de los griegos: «Pues aquel para quien los infortunios de los griegos constituyen la reserva para encumbrarse, ese tal merece justamente la muerte, no el acusar a otro...» <sup>96</sup>. Aún, previsto el desastre final, prosigue Demóstenes, había que combatir por el honor, pues de lo contrario, Atenas hubiera incurrido en la acusación de haber traicionado la causa griega: «¿Con qué ojos, por Zeus, miraríamos a las gentes que llegan a nuestra ciudad, si los acontecimientos hubieran tomado el giro actual, si Filipo hubiera sido elegido caudillo y señor de todos, pero para evitar esta deshonra otros hubieran afrontado el combate sin nuestra ayuda, y esto cuando en el pasado jamás nuestra ciudad ha preferido una seguridad sin gloria a los riesgos corridos por el honor?» <sup>97</sup>. La verdad es que el orador propugna repetidamente un panhelenismo glorioso, basado en el ejemplo y el sacrificio, y no parece que su espíritu, altamente democrático, que además predica la solidaridad entre las democracias <sup>98</sup>, pudiera concebir el designio de reproducir la imagen ingrata de las pasadas hegemonías, personificada en Atenas; por lo cual cabe concluir que es a la luz de las afirmaciones diáfanas y claras como se deben interpretar los pasajes más oscuros, en los que se habla de primacía, primer puesto, etc... con relación a Atenas. Es decir, que no pensaba el estadista en una eventual hegemonía, fruto de la hipotética victoria sobre Filipo, sino más

95. Cf. *Cor.*, 181-187.

96. *Cor.* 198.

97. *Ibidem*, 201.

98. Cf. *Por la libertad de los rodios*, 17-21; *Quersoneso*, 42 s.

bien en una dirección honorífica por parte de Atenas sobre el resto de Grecia, dirección que para ser democrática, debía apoyarse principalmente en el esfuerzo personal, con sentido de la responsabilidad, y en el cumplimiento de las obligaciones cívicas, virtudes que son tema constante en sus arengas <sup>99</sup>.

Ni los tebanos, ni los lacedemonios, ni el rey persa lograron, en el pasado, que los atenienses abdicasen de este primer puesto de dirección y defensa de los intereses griegos <sup>100</sup>. Esta historia, tejida de heroísmos por la primacía, el honor y la gloria es la más elogiada por los verdaderos patriotas. «Y con razón —dirá Demóstenes—. Porque, ¿quién no admiraría el valor de estos hombres que se resignaron a abandonar su país y su ciudad, a embarcarse en las tirremes, para no doblegarse ante imposiciones, que eligieron a Temístocles por caudillo, que les había dado este consejo...» <sup>101</sup>. Claro está que este texto alude a las guerras médicas, que fueron auténtica cruzada panhelénica. Por ello el orador, al evocar el recuerdo de Maratón, Salamina, Platea y Artemisio, pretendía asimilar la reciente campaña anti-macedónica, dirigida por él, a las gloriosas gestas de antaño frente a los persas, y así podía proclamarse continuador de la misma honrosa política del pasado, en la que el éxito y el fracaso no cuentan, sino la nobleza del ideal <sup>102</sup>. Así puede afirmar que los atenienses no se habían equivocado al seguir sus consejos y dejarse regular por sus proyectos de ley; y si se mostraron generosos en asumir mayor número de cargas que Tebas, Bizancio y Eubea, lo hacían a impulsos de su tradicional munificencia, sin dolerse de su gesto, sino que como en ocasiones anteriores «daban gracias a los dioses de que ante el peligro común que amenazaba a Grecia, ellos solos habían aportado el doble que los otros para la salvación de todos» <sup>103</sup>. En consecuencia proclama Demóstenes la excelencia de su política que le valió muchas coronas de su Patria y de otros pueblos griegos, y de la cual incluso los enemigos han tenido que reconocer que era un hermoso programa <sup>104</sup>. Pero mucho antes de que él aconsejase a su pueblo tan bello proceder, Atenas tenía ya contraídos grandes méritos en la defensa de Grecia; por ello Esquines, al combatir su política, ataca una gloria nacional <sup>105</sup>. Hasta el epitafio sobre la tumba de los atenienses, caídos en Queronea, habla del sacrificio generoso de los combatientes por la causa de los griegos <sup>106</sup>.

99. Cf. G. MATHIEU, *Démosthène...*, p. 166 s.

100. Cf. *Cor.*, 202.

101. *Cor.*, 204.

102. Cf. *Cor.*, 208.

103. *Cor.*, 238.

104. Cf. *Cor.*, 257.

105. Cf. *Ibidem*, 293.

106. Cf. *Ib.*, 289.



En cuanto existía una comunidad helénica de todos los griegos, unidos por los lazos de sangre, lengua, religión y costumbres, existía una causa panhelénica que defender, un patrimonio de libertad e independencia que salvaguardar. Por ello hubo traidores del panhelenismo, entre los que Demóstenes incluye a su acusador, quienes por su vergonzoso medro personal traicionaron, en las diferentes ciudades griegas, los intereses de la Patria, que tomaron como medida de la felicidad su vientre y sus partes vergonzosas, «que han echado por tierra la libertad y el privilegio de no tener ningún señor, lo que a los ojos de los griegos de antaño era la definición y la regla del bien»<sup>107</sup>. Ellos no lograron ningún éxito positivo en los asuntos griegos, pero se encumbran sobre las ruinas de Grecia<sup>108</sup>.

Frente a esta traición concertada de muchos políticos griegos, Demóstenes proclama el triunfo del honor de su pueblo, y su integridad y clarividencia políticas. En efecto, de haberse encontrado en cada una de las ciudades griegas, políticos íntegros semejantes a Demóstenes «ningún heleno a uno y otro lado de las Termópolis hubiera experimentado las desgracias presentes, sino que todos libres e independientes habitarían sus patrias, exentos de todo temor, sin peligro y en medio de la felicidad, y por tantos bienes y de tal calidad os darían las gracias a vosotros, así como a los demás atenienses, por mi causa»<sup>109</sup>.

En suma: el panhelenismo demosteniano está inspirado por la noble causa de salvaguardar la libertad e independencia de todos los griegos. El ideal lo concibe —quizá sea propaganda—, con generosidad y desinterés, siguiendo los más preclaros ejemplos de la tradición ateniense, y en la realización del mismo será difícil, para quien lo estudie a fondo, con sinceridad y sin prejuicios, no reconocer que fue ejecutado íntegra y fervorosamente. Estas virtudes admirables del estadista parece querer compendiar M. Croiset cuando afirma que la belleza incomparable del «Pro Corona» se debe a que «en ninguna parte el alma grande de Demóstenes se ha revelado más completamente en su valentía indomable y en su optimismo heroico»<sup>110</sup>.

---

107. *Cor.*, 296.

108. Cf. *Cor.*, 311 y 323.

109. *Cor.*, 304 s.

110. En A. NOLLET, *o. c.*, p. 17.

## CONCLUSION

El discurso «Pro Corona» ha sido justamente celebrado como la obra cumbre de una oratoria, que no ha tenido igual. El interés que suscita no se debe tan sólo a la personalidad insuperable de su autor, el más elocuente de todos, y a su enfrentamiento con un rival, también primera figura de la oratoria; es debido asimismo a la nobleza y sublimidad de la causa <sup>111</sup>. Y ésta no se centra únicamente en la defensa de una política personal. Demóstenes tuvo la genialidad de presentar su problema individual hermanado íntimamente con el problema de Atenas y de Grecia, de suerte que la posible sentencia condenatoria de su política en el proceso, entrañaría necesariamente la condenación de la política que Atenas y gran parte de Grecia —con mayor o menor entusiasmo en la hora decisiva—, mantuvieron frente a Filipo. En una palabra, la causa de la Corona, no se afina en la defensa de una distinción baladí, tiene una significación más honda, es la causa de la libertad e independencia de Atenas y Grecia, que, según Demóstenes, había que proteger, y, a juicio de Esquines había que resignar en última instancia en manos de Filipo. No hay duda que la acción política de Demóstenes queda justificada desde el punto de vista subjetivo, si reconocemos, como parece se impone, su sinceridad y fervor patrióticos. El se constituyó en campeón de la libertad griega, no sólo del estado-ciudad de Atenas; y se enfrentó con Macedonia con suficientes probabilidades de éxito. «En tanto que duró el conflicto nadie podía saber quién triunfaría» <sup>112</sup>. Si en el momento decisivo de la contienda, su causa conoció el fracaso, no podemos menos de admirar el esfuerzo supremo del estadista para llevar a término la difícil unión de los griegos, y sumarlos a la empresa común. Aún después de la derrota afirmaba Demóstenes el triunfo del honor, y nadie era más cualificado que él para comportarse así <sup>113</sup>. De todos modos la libertad griega sucumbió, y sobre sus ruinas surgió una comunidad de pueblos de mayores proporciones que la panhelénica. No podemos negar que la unidad conseguida por Alejandro para el Oriente helenizado, como la que más tarde dio Roma al Oriente y Occidente a la vez, fue bajo muchos aspectos fecunda. Pero junto con la independencia griega perecieron valores, que en muchos casos no han sido todavía satisfactoriamente reemplazados, como la libertad política, el espíritu cívico y la originalidad de las letras y las artes. Como dirá

---

111. Cf. CICERON, *De opt. gen. orat.*, 13, 17, 22.

112. A. PUECH, *o. c.*, p. 243.

113. Cf. LUCCIONI, *o. c.*, p. 146.

W. Jaeger <sup>114</sup>, la lucha de Demóstenes es inmortal. El la consideraba un deber sagrado, por cuanto su patria representaba un principio espiritual, superior a Macedonia. Y si el carácter cosmopolita y universalista del Helenismo, que siguió después, era condición óptima para el desarrollo de una filosofía y religión universales, el ideal patrocinado por Demóstenes influye y se manifiesta en el esfuerzo que pone el hombre moderno por dar una expresión cultural, política y religiosa a su propia nación.

Pero siempre constituirá una suprema lección de humanismo la integridad personal del orador, su sacrificio por Atenas y su desinterés por Grecia. El no podía llegar más lejos, si atendemos al marco histórico y al ambiente emocional en que le tocó vivir, y sin embargo superó en clarividencia política a todos sus contemporáneos.

ISMAEL ROCA MELIA.

---

114. Cf. *O. c.*, p. 248 s.